

BLOQUE II

HISTORIA DE NINO MARTINO

La maravillosa historia de Nino Martino vive aún hoy en los cantos populares de la población calabresa. Nino era un bandido, un salteador de caminos, un verdadero rey de las montañas. Su nombre era repetido con terror por todas partes, pues su banda no dejaba nunca de sacar un buen botín allí donde operaba.



Los que más le temían eran los poderosos señores, pues Nino Martino era un bandido generoso, que se sentía feliz ayudando a los necesitados.

Los hombres que componían su banda vestían de rico terciopelo, poseían armas magníficas y adoraban a su jefe, que siempre los había conducido a la victoria.

Tras algunos años de aquella vida azarosa y salvaje, en los bosques y las montañas, Nino se sintió cansado. En el pueblo había quedado su anciana madre, odiada por todos por ser la madre de un bandido y Nino, que tenía un corazón generoso, sufría por ello. Cierta día, después de haber escuchado el sermón de un fraile en una humilde capillita, Nino tomó la firme decisión de cambiar de vida.

Regresó a la montaña, reunió a sus hombres y les habló de esta manera:

-Compañeros, acabo de librar con mi conciencia la más dura de las batallas y he sido vencido. He decidido, por ello, abandonar esta vida de peligros y sangre. Desde este momento ya no soy vuestro jefe. Depongo las armas, os dejo todo el dinero y me retiro a la soledad para pedir a Dios perdón por mis pecados.

Esto diciendo se quitó su casaca de terciopelo, arrojó el puñal y la bolsa llena de monedas de oro y salió de la

gruta, encaminándose hacia los lugares más escarpados de la montaña. Ante aquel gesto, los bandidos quedaron estupefactos. Sin él, que era el más valiente y el más astuto, se veían perdidos.

Sentían que solos no podrían resistir a los gendarmes y no tardarían en ser detenidos y conducidos al patíbulo.

Como manada de lobos famélicos se lanzaron tras las huellas del traidor, le alcanzaron en un lugar de la montaña llamada El Arma del Conde y se arrojaron sobre él.

En un instante el cuerpo de Nino fue atravesado por cien heridas.

Al verlo exánime, como signo de infamia, cubrieron su cuerpo con un montón de piedras y allí lo abandonaron, bajo los árboles del bosque.

Pronto la noticia de la muerte de Nino Martino se difundió por todos los pueblos de la comarca, llegando hasta los oídos de la madre del bandido. La pobre vieja, quebrantada por el dolor, partió hacia la montaña, con la idea de recobrar el cuerpo de su hijo y darle cristiana sepultura.

Llegó, en efecto, hasta El Arma del Conde, removió con sus pobres manos el montón de piedras que lo escondía y al dejar el cadáver al descubierto, quedó maravillada. El

cuerpo atlético de su pobre hijo estaba todavía intacto, el rostro bello y rosado como si simplemente estuviera dormido; las heridas abiertas en su pecho no derramaban sangre, sino que parecían pétalos de flores; su expresión era tranquila y resignada, como de eterna paz.

La desgraciada madre se lo cargó a hombros, lo llevó hasta una fuente que brotaba en la montaña, lo lavó todo, como había hecho tantas veces cuando era niño y, llegada la noche, se lo cargó a la espalda, transportándolo al pueblo.

Llegada a su casa, no tuvo aliento para transportarlo al camposanto y dejarlo para siempre bajo tierra. Pensó esconderlo en algún rincón de la casa, para poderlo ver todos los días, y lo dejó bajo un tonel vacío que había en la bodega.

Así con la ilusión de tenerlo siempre con ella, de cuando en cuando apartaba el tonel, abrazaba el cuerpo de su hijo, lavaba sus heridas con sus lágrimas y se sentía confortada.

Pero, pasados algunos meses con esta costumbre, cierto día, al intentar mover el tonel, le fue imposible; era tan pesado como una montaña. Lo golpeó aquí y allí y le respondió un sonido opaco como el de un recipiente lleno de vino. Turbada la vieja, permaneció ante el tonel, no sabiendo explicarse el extraño fenómeno. ¿Se había

engañado, pues, en los días anteriores creyendo haber visto allí a su hijo?

Como el tonel tenía una espita, la pobre madre la abrió y vio brotar un chorro de vino purpúreo. Lo recogió en una botella y quiso probarlo. ¡Caso prodigioso! Era vino, y vino generoso, tan exquisito como jamás en su vida lo bebiera.

Aquel mismo día llenó una damajuana y llamó a algunos pobres para que lo probaran. Todos se maravillaron de lo exquisito de la bebida.

Terminada aquella damajuana, llenó otra y otra después y continuó distribuyendo el vino a los pobres, a los amigos y a los viandantes; pero el tonel continuaba siempre lleno, y el vino brotaba inagotable como el agua de un manantial.

La pobre mujer no sabía cómo explicar este fenómeno y el corazón le dolía al no poder apartar el tonel y ver de nuevo el rostro de su hijo.

Por fin, un día llamó al tonelero.

-Hace más de un año -le dijo- que saco vino de este viejo tonel, que sigue dando vino y parece estar siempre lleno. ¿Queréis destaparlo para ver cuánto vino contiene todavía?

El tonelero puso manos a la obra y un espectáculo maravilloso se presentó a sus ojos y a los de la viejecita.

En el fondo del tonel estaba extendido, intacto todavía, como si durmiera, el cuerpo de Nino Martino; de una de sus heridas, cerca del corazón, surgía una vid que, aun en la oscuridad, había crecido admirablemente, con muchos racimos siempre maduro. Estos racimos, que se renovaban incesantemente a medida que la vieja abría la espita, se convertían enseguida en vino y así, el corazón de Nino alimentaba con su sangre la planta maravillosa.

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

Fábulas, cuentos y leyendas, volumen 9, pp.
1080-1084, UTEHA.